

Estamos entre los que creen que Valentín Paniagua ha demostrado que se puede ser un muy buen presidente aun en el Perú. Y no tenemos por qué ocultarlo. En todo caso, coincidimos con la gran mayoría del país. Por eso nos entusiasma —también como a la mayoría del país— su actual participación en la política nacional. Y esto por encima de diferencias que una institución como el IDL puede tener con él, por ejemplo en temas como el Informe final de la CVR.

Agradecemos su deferencia de permitir este diálogo con IDL, en el que abordamos sus prioridades y algunas de las preguntas que están en el ambiente político, más allá del detalle del día a día, que intencionalmente ha sido dejado de lado.

20

Entrevista con el ex presidente Valentín Paniagua, por Ernesto de la Jara

Somos un país que una vez más espera un cambio

—¿Cómo discutiría con quienes dicen que usted fue de hecho un excelente presidente, pero que le tocó una etapa fácil de transición?

—No discutiría. Solo recordaría que tuvimos que improvisar un gobierno en un momento dramático y difícil de la Historia del Perú y, simultáneamente, actuar de inmediato adoptando medidas muy diversas. En el orden económico, para evitar la quiebra de dos bancos; en el plano militar, para sustituir los comandos de las Fuerzas Armadas y Policiales, por obvias razones de seguridad; en el ámbito político, para garantizar la tranquilidad

interna y el respaldo internacional. Una combinación más bien complicada que logramos en apenas treinta y seis horas, un tiempo relativamente corto.

—¿Por qué alguien debe querer ser presidente de un país como el Perú?

—Ser presidente implica una suerte de misión que involucra enormes responsabilidades frente a los gravísimos problemas que aquejan al país. Quienes aspiran a la presidencia seguramente deben hacerlo porque conocen el Perú, porque desean servir con lealtad y desprendimiento los intereses del pueblo y,

naturalmente, porque han medido su capacidad frente a la magnitud de la tarea que puede o debe recaer sobre ellos.

—¿Qué atributos debe reunir quien pretenda ser el próximo Presidente del Perú?

—A riesgo de parecer un poco sectario, creo que el presidente Belaunde reunía casi todas las virtudes necesarias para hacer un buen presidente. Lo primero de todo, desde luego, es el amor al Perú. Asimismo, la integridad personal, el conocimiento cierto de la realidad peruana, la devoción sincera por el pueblo de nuestra patria, la vocación de

servicio y decisión de entrega a favor del interés general por encima de cualquier consideración particular.

—Sé lo comprometido que está usted con Acción Popular (AP), partido al que pertenece hace muchos años; pero ¿por qué AP debería gobernar una tercera vez, tomando en cuenta que un sector del país no tiene un buen balance de sus gobiernos anteriores?

—A cada gobierno hay que juzgarlo en su contexto. Acción Popular y el presidente Belaunde hicieron dos gobiernos excelentes. En ambos no solo se preservó la democracia y la libertad sino que se construyó y el Perú progresó. En el primer gobierno, cuando había una situación económica más o menos estable, el país creció al mismo ritmo e incluso más que en el pasado inmediato (el gobierno de Prado).

No obstante que la oposición apro-driista satanizó la devaluación de 1967, la economía del país se recuperó plenamente pocos meses después de la caída del presidente Belaunde. En esa etapa se emprendieron grandes obras de infraestructura que sirven al país hasta hoy. Mencionemos tan solo la carretera Marginal de la selva, hoy "Fernando Belaunde Terry"; la interconexión vial de las provincias; el extraordinario programa de vivienda popular, de servicios médicos y hospitalarios y la construcción de escuelas, así como la modernización y construcción de puertos y aeropuertos, sin contar las obras de Cooperación Popular de puertos y aeropuertos.

En cambio, el segundo gobierno encontró un país políticamente

destruido, dividido y en gravísima crisis. La economía estaba casi totalmente estatizada o socializada, los sectores económicos más importantes se encontraban en crisis y la inversión nacional y extranjera estaba paralizada. A todo ello hay que añadir la herencia del terrorismo, que nació y se incubó en el régimen militar.

A nosotros nos correspondió emprender el proceso de liberalización y apertura de la economía, así como crear nuevas condiciones e incentivos para el desarrollo de todos los sectores económicos. Pagamos el precio político que significó, por ejemplo, devolver el campo a la iniciativa privada y acabar con procesos de socialización demagógicamente llevados a cabo y que hasta hoy no pueden superarse.

Tuvimos que enfrentar los problemas ocasionados por una deuda irresponsablemente contraída. El Perú, en 1968, tenía apenas 739 millones de deuda. Cuando Acción Popular retornó, esta había ascendido a casi 7 mil millones de dólares, y la inflación anual sobrepasaba el 60 por ciento.

Un tercer gobierno de Acción Popular se empeñaría en lograr lo que no alcanzamos en el segundo: la concertación de las fuerzas políticas y sociales del país para enfrentar, con criterio nacional, los problemas del Perú. Ahora hay un Acuerdo Nacional que puede facilitar ese propósito. Es una posibilidad real. Queremos un Perú próspero, inserto exitosamente en la economía mundial y socialmente incluyente. Tenemos un Plan de Gobierno serio y concienzudamente preparado.

—Hay otra interpretación posible: la aparición de Belaunde despertó enormes expectativas, por las reformas que ofreció; pero cuando no las hizo en su primer gobierno, generó las condiciones para la irrupción de un régimen como el de Velasco.

—Eso no es cierto; es una interpretación antojadiza. Nosotros iniciamos y condujimos racionalmente reformas estructurales fundamentales (la reforma del Estado, al que modernizamos; la reforma tributaria y la del crédito, la reforma de la educación). Emprendimos una reforma agraria racional y no intentamos colectivizar el campo ni destruir la actividad azucarera, que no ha podido recuperarse hasta hoy. Pusimos en práctica la educación gratuita. Impulsamos la descentralización, desde su base, merced a la creación de la municipalidad democrática, y robustecimos los procesos de descentralización del país a través de las corporaciones departamentales, con la creación de los parques industriales, con la articulación física y económica del territorio gracias a la construcción de la carretera Marginal de la selva y las vías de interconexión provincial.

Impulsamos eficazmente el desarrollo industrial. La creación del Banco de la Nación puso en manos del Estado no solo la recaudación de sus propios tributos sino que le devolvió la soberanía económica en el manejo de sus recursos. Nuestra política favoreció notablemente a los sectores medios y populares sin ser agresiva para los grandes intereses. Los maestros nunca ganaron más ni mejor que durante los gobiernos de Acción

Popular. En esa época nació una clase media muy fuerte que tuvo una presencia importante en la vida política del país. Luego se debilitó y finalmente ha sido destruida.

—¿Y cuáles son las señales negativas frente a las cuales los peruanos deberíamos estar especialmente atentos a la hora de evaluar a nuestros próximos candidatos a la presidencia?

—El facilismo y el simplismo de quienes no tienen experiencia de gobierno son muy peligrosos para cualquier gobernante. Lo es más aun el desconocimiento de la realidad del país y, desde luego, la desaprensión que se expresa en la demagogia y en la oferta irresponsable.

—¿Qué condiciones lo animarían a ser candidato a la presidencia y cuáles lo desanimarían?

—No tengo ninguna aspiración personal en ese aspecto. En

todo caso, tengo sentido de responsabilidad y pertenezco a un Partido que sabe que por encima de sus intereses están los del Perú. Estoy seguro de que lo hará teniendo en cuenta que, ahora, es preciso constituir un gobierno lúcido, eficaz y atento a las grandes aspiraciones de la sociedad peruana. La realidad actual dice que ninguno de los partidos, singularmente considerado, puede construir un gobierno estable. Todos los gobiernos en el Perú han requerido de coaliciones mayores o menores. Ahora habrá una gran dispersión electoral. Eso implica que hay que hacer un esfuerzo de concertación sobre una plataforma de gobierno seria y realizable. Creo que esa es una condición *sine qua non* para darle a la política y a los futuros gobernantes del Perú la estabilidad y seguridad que requieren.

Todo el mundo quiere ir con usted. Ese parece ser el único punto de concertación, por ahora...

—Exagera. Hay quienes ya han dicho que no irían conmigo. Más allá de cualquier consideración personal, creo que la búsqueda de fórmulas de entendimiento es un obsequio que todos los peruanos debemos hacerle al país. El Perú del 2006 será un país demasiado agitado y violento y, a la vez, esperanzado en un cambio que va a ser difícil. Por eso mismo, requiere una gran dosis de seriedad, de responsabilidad, de coherencia, y, por fin, de desprendimiento personal y partidario.

—¿Pero no cree que hay una tensión entre la necesidad de concertar y hacer un frente y la de contar con un rumbo claro para el país? Hay quienes sostienen que no solo se deben juntar los que coincidan realmente en lo fundamental, para que quien gane pueda enrumbar al país por una dirección definida.

—La concertación de que hablo implica, como lo he repetido tantas veces, una plataforma mínima de coincidencias fundamentales que inspiren al gobierno y señalen el derrotero político. Todos estamos de acuerdo, por ejemplo, en que hay que priorizar la educación o la atención a la salud, que es importante emprender una reforma de la estructura del Estado, garantizar la seguridad (jurídica, política, ciudadana) o promover y garantizar la inversión privada, nacional o extranjera. No se trata, pues, solo de entendimientos electorales. Se requiere garantizar la gobernabilidad total del sistema y la ejecución de las políticas necesarias para resolver los problemas del país.

El gobierno, de otro lado, necesita un sólido respaldo del



La Comisión de la Verdad

—Usted designó la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), y estoy seguro de que, sabiendo de lo que se trataba, tal vez hubiera podido pasarle el asunto al siguiente gobierno. ¿Qué lo decidió a crearla?

—El 9 de marzo del 2001 los cuatro candidatos presidenciales más importantes demandaron al gobierno su designación. Su creación respondió, en cierta forma, a una demanda nacional a través de quienes podían llegar a ser gobierno, como que ocurrió con el señor Toledo. No exageremos, pues, el mérito del gobierno transitorio en la designación de la CVR. Hubo una suerte de consenso nacional en torno de su designación. Asunto distinto es la opinión sobre la forma como la Comisión cumplió la responsabilidad que le concernía y sobre sus resultados.

—Como hijo que soy de un populista, quien fue además Ministro del Interior del segundo gobierno de AP, sé bien de la honestidad y compromiso de Belaunde con el país. Pero ¿no cree que, al margen de lo que diga o no diga la CVR, debe haber un nivel de autocrítica

de su partido respecto de lo que ocurrió en la década de 1980? Por ejemplo, frente al tema de los estados de excepción bajo comandos político-militares sin control civil democrático.

—El régimen de los estados de excepción es un tema complejo en todas las democracias, como lo es el control de la conducta de las Fuerzas Armadas o Policiales. Su padre mismo, un hombre con enorme sensibilidad democrática, confrontó ese problema de modo agudo. Ahora, hay —quién sabe— elementos de juicio de los que carecíamos en el pasado.

Y en cuanto a la autocrítica, permítame recordarle que hemos dicho ya cuanto teníamos que decir. Lo hice yo mismo, en representación del Partido, ante el país y los miembros de la CVR. En este tema, cada quien tiene que asumir su responsabilidad histórica. Nosotros lo hicimos. Puede haberse cometido errores, pero creo que el presidente Belaunde y el Partido sirvieron siempre, con absoluta lealtad, los más elevados intereses del país.

Congreso y también de la sociedad peruana, para desencadenar una nueva dinámica social de cambio, ojalá que a partir de una visión compartida de futuro y de la definición de un horizonte claro que señale el destino histórico del Perú, cuando menos en el mediano plazo. Las alianzas electorales o políticas son solo medios instrumentales para asegurar la gobernabilidad del sistema democrático y el desarrollo armónico y equilibrado del país dentro de una economía socialmente incluyente.

—Se suele decir que debe de ser difícil para usted compatibilizar las distintas opiniones que hay entre la gente que lo apoya, como podría ser el caso de Víctor Andrés García Belaunde

de y Alberto Adrianzén, dos personas con ideas diferentes.

—No necesito hacerlo. Soy militante de Acción Popular. Con Víctor Andrés García Belaunde no tengo ninguna dificultad para entendernos. Ni con él ni con ningún miembro de mi Partido. Salvo diferencias anecdóticas, no habrá visto usted discrepancias sustantivas entre los dirigentes del Partido. Alberto Adrianzén no es miembro de Acción Popular. Cumplió una función en el gobierno de transición. Solo tengo una cordial amistad con él, como con otros ex colaboradores de ese gobierno.

—Hay quienes creen que uno de los equilibrios más difíciles de mantener para usted es cómo seguir siendo un hom-

bre de partido y, a la vez, tomar una cierta distancia de él...

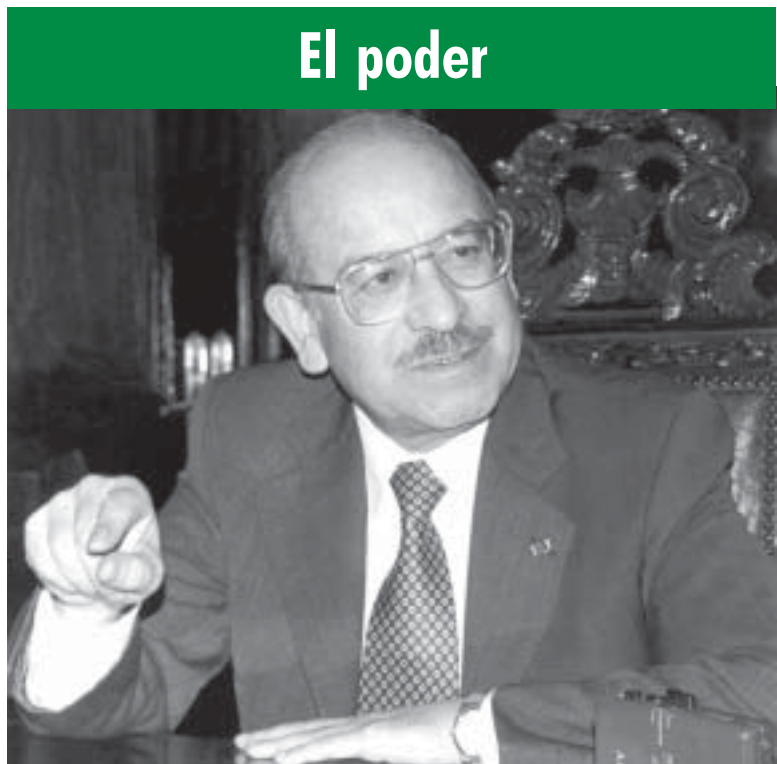
—Yo no lo veo así. No necesito hacerlo. Soy hombre de partido y respeto sus decisiones. Acción Popular es un Partido profundamente identificado con los intereses del país. Puede discreparse en pequeños matices, en el enfoque de los problemas, en la hondura de las soluciones, en la radicalidad de los cambios; pero, en esencia, hay plena coincidencia. Una sociedad, como la vida personal, se construye de a pocos, paulatinamente, sobre todo en una sociedad que tiene que cambiarlo prácticamente todo. Ya hemos visto, muchas veces, que los empeños dogmáticos y fundamentalistas no conducen a nada o, cuando más, logran poco, y a un costo generalmente muy elevado.

—Le traslado otro punto del rumor político actual: hay quienes han sido excelentes candidatos pero malos presidentes. En el caso de usted se suele decir que fue un excelente presidente. La pregunta es: ¿sería un buen candidato?

—Eso no me preocupa. En verdad no lo sé. En todo caso, es una cosa que no me desvela. No tengo angustia por ser candidato. A mí me preocupa otra cosa. He luchado toda mi vida para que la política sea, en verdad, un servicio desinteresado a las grandes aspiraciones del país y para solucionar los problemas del Perú. A pesar de todos los esfuerzos, no hemos logrado sensibilizar del todo a los ciudadanos peruanos, vencer los prejuicios que hay entre diferentes sectores de la sociedad peruana y convencernos de que los peruanos somos iguales, no solo formal sino también realmente, y de que tenemos derechos y un destino común por construir. Es el servicio a la dignidad de la persona humana lo que hace que sienta emoción por la política. Tal vez eso sirva para hacer una candidatura a la que no aspiro.

—¿Cómo explica usted la bajísima popularidad del presidente Toledo, a pesar de que las cifras macroeconómicas están en azul?

—Los errores en política se pagan. El precio es el descenso en la popularidad. Como todo gobierno, el de Toledo ha cometido errores, y algunos graves, pero otros han sido exagerados excesivamente. Sea como fuere, el hecho concreto es que, en ciertos momentos, debió actuarse de modo distinto, reducir el peso de su círculo más cercano, superar indecisiones en momentos en que se requería



Nelly Plaza

El poder

—¿Qué cree que la gente valora más de su gestión durante el gobierno de transición?

—El respeto de la ley y la voluntad de hacer las cosas bien. La gente es muy generosa y a veces exagera, pero creo que, en general, el peruano es un hombre amable; no es hostil ni agresivo. Yo correspondo a ese sentimiento siendo respetuoso con todos.

—¿Fue difícil para usted llegar de pronto al poder y luego dejarlo?

—No, en lo absoluto. He estado habituado al ejercicio del poder desde muy joven. He ejercido diversos cargos públicos a lo largo de mi vida desde mi juventud. Desde joven aprendí que todo poder es efímero y que la política tiene, entre nosotros, muy graves contrastes. Traté de ser siempre igual en el poder o fuera de él. Nunca salí del círculo en el cual me movía. Conservé siempre mis amigos de juventud. El círculo en el que yo me he movido, personal y socialmente, es el mismo en el que nací y me eduqué y en el cual he vivido en el Cusco y fuera de él.

definición y evitar la oferta política que, sumada al recuerdo de su plataforma electoral, contribuyeron a debilitar la posición del Presidente.

—En su último discurso, Alan García ha dicho que el eje fundamental es retomar la línea de la agricultura. ¿Cuáles son sus prioridades?

—Para mí las primeras son, en el plano social, la educación y la salud. La educación mejora al hombre, y ese es el destino final de cualquier política. En el mundo de hoy, lo sustantivo es el conocimiento. Para el hombre, porque lo dignifica; para la economía, porque le da competitividad; y para la sociedad, porque la educación y la cultura de los

pueblos favorecen la gobernabilidad, la justicia y la paz.

La educación es el más eficaz instrumento para democratizar una sociedad. Crea igualdad de oportunidades para los niños y los jóvenes. De ahí la preocupación por elevar su calidad. Hay que priorizar la educación, respaldar y mejorar la instrucción pública. ¿Qué habría ocurrido en el Perú si, durante los doce años del gobierno militar, hubiéramos seguido invirtiendo en educación el 4,7 por ciento que, en promedio, invirtió Belaunde entre 1963 y 1968? Es probable que, en la década de 1980, hubiéramos alcanzado un nivel educativo superior al de Chile o Colombia. Otro hubiera sido el destino del Perú.

—¿Y en lo que concierne a sectores o actividades económicas?

—Por cierto, es preciso lograr un pleno desarrollo rural sobre la base de la agricultura, la agroindustria, la forestación y el desarrollo pecuario. No solo porque es el sector que genera mayor volumen de ocupación en el país, de un modo más rápido y con menor costo de inversión, sino también porque alberga a la población con mayores índices de pobreza. Es preciso fomentar la inversión nacional y extranjera y la modernización de los sectores generadores de divisas, como la minería, el turismo o el comercio; y, naturalmente, la industria y la pesquería, a las que es preciso alentar por su capacidad para generar empleo productivo.

—Pasemos a temas electorales, en los que usted también es experto.

¿El voto debe ser facultativo u obligatorio?

—El voto facultativo tal vez contribuya a crear una ciudadanía más consciente, más responsable y que participaría en el proceso político con mayor convicción. Comparto ese punto de vista. Soy un hombre que cree en la educación y en que una participación reflexiva del ciudadano bonificaría mucho la democracia. Sin embargo, también tengo larga experiencia en la vida política del país y creo que ningún cambio cualitativo y radical, como implica pasar del voto obligatorio al voto facultativo, puede hacerse sin más. Hay que hacerlo con cierto gradualismo. Habría que comenzar con el voto facultativo en las elecciones municipales o regionales y, según y como marche el proceso y la reacción y

participación popular, tomar la decisión definitiva para las elecciones generales.

—¿Mantener o eliminar el voto preferencial?

—Debe eliminarse. Se lo digo a pesar de que fui designado por el Congreso para defender su constitucionalidad. Al comenzar mi defensa en el Tribunal Constitucional sostuve que creía en la constitucionalidad de la preferencia, pero que estaba convencido de la inconveniencia política del voto preferencial. Este ha debilitado las organizaciones partidarias, y crea con frecuencia disensiones y enfrentamientos que nunca llegan a resolverse; además, favorece la ‘plutocratización’ de la vida política, porque hace exitoso al que tiene más recursos económicos frente a quien no los tiene. Por cierto, soy consiente de que, a veces, el voto preferencial, de alguna manera, resuelve también injusticias y postergaciones. Todo tiene ventajas y desventajas. Sin embargo, creo que, en el Perú, ha sido dramáticamente erosivo de los partidos.

—¿Cómo era el trato entre usted y Belaunde cuando ya ambos habían tenido la experiencia del paso por la Presidencia de la República?

—Siempre fue muy considerado y generoso. Nunca perdió su capacidad dialogante y su habilidad para enseñar siempre conversando y exaltando al Perú. ■

